

El poeta José Ángel Cuevas prepara dos nuevos libros

“Me importa un bledo el mundo oficial de la literatura”

Autor de una decena de contundentes poemarios donde el escepticismo, el rock y la ironía le tuercen el pescuezo a la identidad nacional, Cuevas continúa alejado de las capillas literarias, porque lo suyo siempre han sido los bordes.

MANUELA ROMÁN



“La crítica que Ignacio Valente le hizo a mi libro ‘Confesiones rock para chilenos’ me sirvió mucho, porque yo estaba con la subestima por el suelo: andaba con los zapatos rotos y no tenía ni un peso”, recuerda Cuevas.

Cuando José Ángel Cuevas escuchaba filosofía en el Pedagógico —contaban los años sesenta—, también hacía otras cosas: escribía y escribía poemas, formaba parte del Grupo Antitercio (colectivo literario integrado por gente como Nicanor Parra, Jorge Echeverría y Jaime Anselmo Silva), tocaba guitarra y percusión, recorda. Chile a dedo y leía a los poetas locos.

Cuevas estaba seguro de que esa vida duraría para siempre, pero tras el 11 de septiembre de 1973 se quedó solo, entonces se aferró con todo a la poesía y decidió, por fin, comenzar a publicar sus versos.

A partir de ahí, una decena de libros —como “Efectos personales y dominios públicos”, “Introducción a Santiago”, “Confesiones rock para chilenos” y el reciente “Maxim, carta a los viejos rockeros”— le han dado cuenta de una existencia fuertemente urbana, marcada por el escepticismo, el rock y la ironía, que recurre al habla coloquial para torcerlos el pescuezo a las señas nacionales de identidad.

A medida que fue dando a conocer sus poemas, la crítica empezó a castigarlo como uno de las voces más destacadas y originales de su generación. Sobre “Confesiones rock para chilenos”, por ejemplo, Ignacio Valente escribió: “Algo así como desde el primer momento en la voz sencilla, siempre melancólica, levemente irónica, modestamente individual de este poeta que refiere una tragedia sin los atos trágicos, que no asume el acento de la identidad o del tiempo futuro, que simplemente cuenta su pequeña historia, su historial privado del trauma del 11, por así llamarlo”.

Me hizo muy bien esa crítica, porque yo estaba cosando y con la autoestima por el suelo —admite Cuevas, quien ahora prepara dos nuevos libros, “Documentación pública” y “Ex Chile”. En esa época andaba con los zapatos rotos y no tenía ni un peso. Ver la crítica fue una inyección de energía: me dio como diciendo “yo soy así, yo soy el que anda en la calle, el que hace esa poesía”.

¿Cuál poesía?

Confesiones de bar

JOSÉ ÁNGEL CUEVAS

Al fin no hice nada de mi vida. Estaba preparando cosas, arreglando la casa. Junto a mi esposa a almorzar, me propuso salir a caminar cuando vino el golpe.

Una mano dura, la del golpe, y el sol.

Todo se desmoronó, me dejaron. Empecé a esperar a ver un estado provisional.

Pero este estado provisional se me olvidó y tanto ya quisiera pasar mi vida.

Se hizo cerrado, largo. Yo no hoy como para otra vez ser.

De “Confesiones rock para chilenos” (1980).

Para mí, la poesía es el paso de la experiencia al lenguaje. La antipoesía, que viene de Pound, de Eliot, me interesa mucho. La rapidez, el habla de los versos y la temática basada en los hechos se acerca conmigo. Ahí encuentro con todo lo neorromántico, con los realistas chilenos, con el rock y con mi vida.

¿Por qué esperó hasta 1979 para publicar?

Es que en los años sesenta yo estaba viviendo. Vivir era el mínimo logro de un escritor. Experimentar, estar en las cosas: eso era la poesía. Qué importaba publicar. Pero después del golpe estuve a punto de caer en manos de los aparatos de seguridad, y entonces un día pesqué todos mis escritos y me fui a la SECH (Sociedad de Escritores de Chile).

¿A la SECH? ¿Para qué?

Para inscribirme. Pensé que si publicaba iba a estar más protegido.

¿Militaba en algún partido?

Yo era comunista, pero un militante marginal y hasta disidente.

¿Siguió siendo disidente?

Hoy me he dado cuenta de que nuestras vidas son completamente surrealistas. O dadassistas. Me da risa ver a esos militantes que se la jugaban y hablaban de lucha armada y ahora aparecen como presidentes de una compañía de teléfonos.

Me acuerdo del militante socialista que me expulsó del partido cuando rechazé la invasión de Rostov a Chocomaquia. Ese militante era Carlos Cerda, el que después se dio vuelta.

¿Usted no frecuenta ningún círculo de poder, ni literario ni político. ¿Su marginación es voluntaria?

—Es que yo sufrí mucho en los años noventa. Me dió un año tremendo todo ese asunto de las audiencias políticas, los concursos. Yo pensaba que el nuevo gobierno iba a reparar las heridas sociales, hablarles a los heridos, hacer una limpieza ética. Pero eso no ocurrió.

—En los años sesenta usted formó parte del Grupo América. ¿Cómo lo recuerda ahora?

—Nosotros solo éramos unos gallos de corral, buenos para pasarlo bien. Contentados a vivir algo maravilloso e intenso. Andábamos a dedo, hacíamos música, contemplábamos platos, éramos felices. Esa manera de vivir desde la marginalidad, de estar en los bordes, fue una fuerza tremenda para mí.

—Los miré siempre le atraían, parece.

—Yo nunca saludé a Ronald Kay ni a Ariel Dorfman ni a ninguno de ellos. No me interesaban ni me interesan. Ellos tenían el poder, eran amigos de Neruda, de Parra: eran el mundo oficial de la literatura. Y a mí ese mundo me importaba y me importaba un bledo. Los poetas tienen que escribir, y punto.

MEMORABILIA

Filebo

Nada que decir

No hace mucho, el culto Jorge Edwards nos ilustraba acerca de su experiencia con el filósofo de origen vienesés Ludwig Wittgenstein.

En los años 50, Rigoberto Díaz Girona, entonces joven abogado, con llamante plaza de reportero en “Las Últimas Noticias”, miembro de la Sociedad Chilena de Filosofía y futuro canguachado en la carrera diplomática, tenía la graciota personal de escribir un libro sobre aquel pensador europeo que un día produjón la inutilidad de toda cláusula lógica en el discurso del hombre, nada menos.

En 1949, el filósofo español José Ferrater Mora escribió lo siguiente: “Si el mundo recobra un día la calma y decide que la importancia de un hombre puede no depender de la cantidad de gentiles que se le consagren, descubrirá que uno de los genios de nuestra época es un vienes, profesor en Cambridge, llamado Ludwig Wittgenstein”. Al mismo tiempo, Ferrater Mora advierte que el estudio de Wittgenstein no es nada fácil, porque, para empezar, el estudio de Wittgenstein es “eso” que se supone una “obra”.

Hay, o ha habido —añade Ferrater Mora— genios del amor. Hay —todavía— genios del idioma. Esto que nos ocupa es el genio de la destrucción, de la destrucción, de la ruptura. Algunos autores, como Heidegger, nos han hecho contemplar un mundo lleno de inutilidad. Otros, como Sartre, nos han mostrado un universo masoquista.

Otros, como Kafka o Camus, nos han ofrecido un mundo absurdo. Pero nuestra época es más terrible, y para reflejarse necesita un genio sobreco-

gido y casi espantoso. Todos los pensadores de filiación demodora nos permiten, en último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

En último término, seguir viviendo en la confianza de que hay un mundo. Es decir, podemos rehacer la vida entre las ruinas del terremoto. Wittgenstein, no: él nos deja huérfanos hasta del consuelo de los despojos.

Me importa un bledo el mundo oficial de la literatura":
[entrevistas] [artículo] Manuela Román.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario: Román, Manuela

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Me importa un bledo el mundo oficial de la literatura": [entrevistas] [artículo] Manuela Román. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile